CULTURA LIBERTARIA

Año I.—Núm. 7 | BARCELONA, 18 DE DICIEMBRE DE 1931 | Redaccion y Administración: Urgel, 42 (prov.)

ASPECTOS

Las cartas boca arriba

En nuestros medios existen una porción de temas «tabú», que vienen teándose habilidosamente para no alarmar a las clientelas. Cuanto hace referencia a un aspecto constructivo y de preparación, todo lo que tiene relación con un sentido de estructuración y de coordinación de voluntades para realizar una obra común y de conjunto, tropieza con la indiferencia o con la hostilidad de numerosos individuos.

En cambio, la palabra revolución hace milagros. Quien sea capaz de repetirla veinte veces en un discurso o artículo ya tiene el cartel asegurado por una temporada. En contra, el que formula preguntas por el estilo: ¿Cómo haremos la revolución? ¿Con qué elementos contamos? ¿Qué estructura vamos a darle?, a éste, ni Dios le quita el marchamo de reformista.

Si eso fuera en realidad un sentimiento popular, si este anhelo surgiera del seno de la masa trabajadora, sería la evidencia de que estamos frente a momentos decisivos, demostraría que la revolución social es inminente. Pero como, por desgracia, estos forcejeos no pasan de ser rivalidades de minorías, pendencias entre diversos grupos, esto hace que se pierda lastimosamente el tiempo, que se malogren unas posibilidades espléndidas y que la colectividad vaya desertando usqueda de las filas sindicales.

¿Es que en realidad existen divergencias de procedimiento, de tácticas o de principios? ¿Es que de verdad están frente a frente una concepción reformista y otra revolucionaria? ¿Es que el origen de las divergencias es una consecuencia de que unos interpretan que estamos ante el hecho revolucionario mientras otros creen que es prematuro?

Con toda sinceridad hemos de decir que creemos que no hay nada de esto. Opinamos, que el humo de las palabras nubla los horizontes, que los términos categóricos y rotundos suplen al razonamiento y a la inteligencia, que la fraseología inflamada obscurece la realidad viva que pasa ante nuestros ojos. Pensamos, que esta balumba es una derivación de la falta de objetivos claros y concretos, lo mismo para la lucha diaria que para la acción revolucionaria.

Es más, decimos que si no se ataja de una manera resuelta este pugilato de movimientos sueltos, de luchas parciales, de encrucijadas violentas, de rivalidades y odios, si no suplimos este «sálvase el que pueda», esta pugna fragmentaria, esta tragedia aislada que cada día mancha de sangre las calles de las ciudades, enfrentándonos de manera firme con el problema revolucionario en su conjunto, constriñendo, controlando y disciplinando el movimiento obrero en su totalidad, decimos que dejaremos pasar las circunstancias más propicias y más fecundas que ha tenido el obrero español para libertarse del capitalismo.

El barómetro regulador, el hecho elocuente que nos obliga a usar este lenguaje es el siguiente: Hace ocho meses que se impuso la República alentada por el fervor revolucionario de la calle. Es indiscutible que su advenimiento contó con el asentimiento público, también es cierto que durante el tiempo que rige el nuevo régimen ha perdido casi todo el calor que le prestaban las clases populares. ¿Ha recogido la C. N. T. estas calorías revolucionarias que se han disgregado de las filas republicanas? ¿Conserva solamente las posiciones que había conquistado meses atrás?

Pues estos datos son más elocuentes que las soflamas verbosas, que los gritos impositivos y que todas las impulsividades juntas. Seguir este camino puede implicar que si alguien se aparta de esta corriente, si uno se encuentra mejor solo diciendo lo que siente y piensa que acompañado esgrimiendo la adulación o la falacia, se lo catalogue como indeseable, se le ponga una etiqueta en la frente y se le acose hasta imposibilitar toda intervención, pero lo que será difícil es llevar el movimiento obrero adelante y mucho más convertirlo en un estallido contra las clases imperantes.

Puede decirse y hacerse lo que se quiera que si no empezamos por vertebrar a nuestras organizaciones dotándolas de un sentido de responsabilidad, si no llegamos a reconocer que un movimiento revolucionario no puede ser más que la resultancia de sumar adeptos y de conquistar un crédito, si no empezamos por tener un conocimiento más o menos preciso de lo que nos proponemos realizar, no haremos otra cosa que dar vueltas a la noria y devorarnos nosotros mismos en medio de estériles y suicidas disputas.

Por cambiar de rumbo ¿sería muy difícil dejar la logomaquia en que estamos metidos y empezar por discutir sobre temas vivos y asuntos concretos y palpitantes? Eso sí, nada de confiar a que resuelva los conflictos la revolución. Es verdad que la revolución resuelve la mayoría de problemas que nos afectan, pero los resuelve después que ha triunfado, no antes. ¿Queréis decir que este invariable acuerdo que se adopta en nuestros Congresos relegando la solución de todos los problemas para el día siguiente de la revolución no es una demostración de impotencia o de comodidad?

El hecho real es que vivimos hoy y en régimen capitalista. ¿Qué interesa al carpintero, al campesino, al metalúrgico, etc., en un sentido profesional y de clase? ¿Qué soluciones aportamos en este momento para enfrentarnos con el pavoroso problema del paro forzoso? ¿Cuáles son las orientaciones dimanantes de nuestros organismos acerca de la cuestión agraria? ¿Qué opinamos de la carestía exorbitante de los alimentos indispensables a los hogares proletarios? ¿Cuál es nuestra posición frente al sistemático cierre de talleres y fábricas? ¿Cómo vamos a emprender una campaña contra los abusos de las Compañías de gas, agua, electricidad, ferroviarios, de tranvías, etc? ¿Cómo podríamos obligar a los propietarios a que reduzcan sus ingresos haciéndoles copartícipes de la crisis que pesa exclusivamente sobre nosotros? ¿Qué hacer para que el Estado dé entrada franca a nuestros hijos en todas sus instituciones de enseñanza? ¿Acaso agitar estos problemas que están en el ánimo de los trabajadores no sería tanto como convertirlos en realizadores de nuestra obra revolucionaria?

Prosiguiendo nuestro camino de apartarnos de toda disquisición inoportuna ¿no podríamos también plantearnos temas como los siguientes?: ¿Existe realmente un fervor popular con fuerza para acabar con el capitalismo? ¿Contamos con suficientes individualidades preparadas para garantir el hecho revolucionario? ¿Tenemos a nuestro lado elementos técnicos responsables para asegurar la producción y la distribución después del triunfo? ¿Cuáles serían los órganos capaces de cumplir este cometido? ¿Los sindicatos y cooperativas tal como funcionan actualmente están en condiciones para realizar esta misión? ¿Cómo organizaríamos el intercambio de productos entre el campo y la ciudad? ¿Subsistiría la forma de trabajo capitalista? En caso negativo ¿qué modalidad se pondría en práctica? ¿Cómo organizaríamos el problema de la enseñanza? ¿Se dejaría a capricho de los maestros? ¿Se adoptaría otro sistema? ¿Cómo resolveríamos el problema de relaciones internacionales con los otros estados? ¿Qué actitud se aplicaría a los que violentaran las más elementales leyes de convivencia humana? ¿Qué organismo ejercería la función de evitar posibles desmanes? Ante la contingencia de una posible contrarrevolución ¿quiénes serían los elementos armados?...

Estas preguntas podrían prolongarse indefinidamente, pero nuestra intención se reducía a enmarcar la cuestión en sus proporciones verdaderas. ¿Sería algún crimen enfocar decididamente estas cuestiones y llegar a las consecuencias y resultados que fuesen? Nosotros lo reputamos por el camino más seguro.

JUAN D'AGRAMUNT.

Los Sindicatos Obreros y la Revolución Social

por PIERRE BESNARD
prólogo de JUAN PEIRÓ

350 PAGINAS

3'50 PESETAS

Una obra en la que se expone con toda claridad los principios del Sindicalismo revolucionario y la organización de los Sindicatos.—Todos los trabajadores deben leer esta obra editada por la Confederación Nacional del Trabajo :: :: :: :: :: :: ::

Pedidos a esta Administración

Apuntes

El Anticristo

Ignoro si se ha escrito algo seriamente fundamental en defensa de Satanás. Creo que no. El Diablo ha sido inicuamente explotado por todas las literaturas y creencias, especialmente por la religión de los pescadores nauseabundos de Judea y por los cuentos bárbaros de la Edad Media. Pero los hombres jamás se preocuparon de oír imparcialmente al condenado de Dios y dictar su fallo en el expediente de este gran proscrito. No quisieron escucharle porque juzgaban infalible a su juez; pero hoy que se discute serenamente a ese juez y han sido descompolvados multitud de documentos donde se prueban sus tremendas prevaricaciones, Satanás, que es su primera víctima política, debe ser vindicado ante la conciencia universal.

¡Revisión del proceso de Satanás! ¡he ahí la consigna.

Yo me propongo dedicar un libro o, por lo menos, una gran parte de un libro, a la reivindicación del Diablo.

Para ello, naturalmente, oiré a Satanás relatar su caso antes de proclamarle inocente. Confío en que él ha de aportar pruebas preciosas e interesantísimas. Su asunto está inédito por culpa de la obstinación incomprensible de los hombres, que le volvían enfurecidos la espalda cuando el infeliz condenado acudía a ellos con los testimonios de su inocencia.

Satanás sufrió el ultraje de su época y de todas las épocas. Fué condenado en un juicio sumarísimo, sin garantías, sin jurado, sin abogado defensor e incluso sin la más elemental garantía del proceso escrito, porque ahora, al cabo de los largos siglos, se ha averiguado que Dios no sabía escribir.

¿Es tolerable esto?

¿No se enciende en indignación la conciencia más flemática al evocar que una figura insigne como Luzbel pudo ser condenado por la sola palabra inapelable de un dictador?

¿A qué se ha esperado para revisar este proceso?

Francamente creemos que los hombres han sido hasta ahora policías y cómplices de Dios.

¡Ah! Pero nuestro siglo no se deshonrará en la continuación de ese sospechoso silencio. Satanás será oído y juzgado por nuestra época. El primer revolucionario político del mundo encontrará al fin sus jueces benignos y comprensivos... Satanás será incorporado a la lista de los mártires de la libertad.

Una pequeña duda me asalta: ¿Satanás estará dispuesto a acudir a la cita judicial que le preparamos?

Hace bastante tiempo que el nombre insigne no se oye por ninguna parte... Es decir... últimamente circuló el rumor de haber aparecido en propaganda política por tierras vascongadas. Parece ser que alguien le vió vagar por el monte, acaso meditando un nuevo plan de aproximación a los hombres. De ser cierta esta versión, Luzbel no ha perdido por completo la esperanza en nosotros. Evidentemente, sus largas ausencias no son otra cosa que el signo de su desmoralización periódica ante la pequeñez humana. Muchas veces se acercó a los hombres con un último girón de esperanza; pero otras tantas tuvo que regresar dolorido, incomprendido, murmurando la inutilidad de sus intentos:

—Los hombres no me conocen todavía...

No; yo confío en que Satanás estará dispuesto a comparecer en el primer momento que se le libre papeleta de citación.

Una tarde, cuando esté todo dispuesto para oirle serenamente, Luzbel aparecerá en nuestra sala de trabajo, tomará asiento, encenderá indolentemente un pitillo y expresará con brevedad:

—Estoy a su disposición, caballero.

En ese momento abriré las páginas polvorientas del sumario, tomaré la pluma entre los dedos y le someteré esta pregunta absolutamente original:

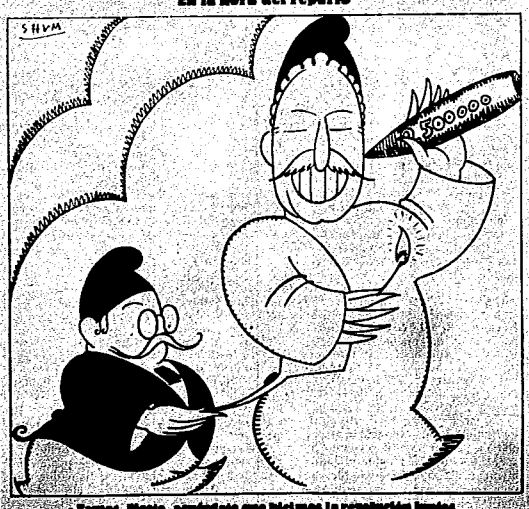
—¿Dónde estaba usted el día de autos?

Tiemblo por anticipado ante la respuesta de Satanás. Probablemente...

No... No es posible seguir. Aparte de que no he hablado con el Diablo, todavía, ya se comprenderá que esa respuesta pertenece íntegra al secreto del sumario...

BENIGNO BEJARANO

En la hora del reparto



«Vamos, Maciá, acuérdate que hicimos la revolución juntos...»

CONCRECIONES

La revolución permanente

Hemos dicho, repetidamente, que el problema de la revolución social es un problema de estructuración económico-industrial, locución que, por cierto, y por los motivos que fuere—no vamos a seguir a los que empequeñecen todas las cuestiones—, ha sido grotescamente interpretada.

Admitido que la C. N. T. tuviese perfectamente estructurados los Sindicatos de industria y articulados éstos nacionalmente por medio de las Federaciones Nacionales, y admitido igualmente que la C. N. T. tuviese ya perfectamente alecionados a los Comités de fábrica, taller, campo, mina, oficina, etc., etc., en cuanto a su gestión directriz y administrativa de las actividades de la producción y de la economía, no por eso creemos que la C. N. T. estaría en condiciones de realizar la revolución social, es decir, de provocarla por el solo imperativo de su voluntad. También hemos creído siempre que las revoluciones no fueron jamás hijas del decreto de una colectividad o de unos individuos. Las revoluciones son siempre el resultado de un estado psicológico colectivo, determinado por un complejo causal de orden social, político y económico.

Pero si creemos que una situación de perfección orgánica de la C. N. T. no es bastante, ni siquiera lo esencial, para provocar la revolución social en España, en cambio creemos también que esta revolución tendrá tantas más garantías de éxito y de consolidación, cuanto mayor sea el estado de preparación orgánica—de capacitación profesional y técnica en el orden del industrialismo y de la economía general—de la C. N. T. Quiérase que no, ninguna revolución escapa al proceso de sus tres etapas: la de preparación prerrevolucionaria, en que los valores colectivos e individuales ponen de manifiesto sus disposiciones de capacidad;—y es esto, según sean las garantías de factibilidad que en sí ofrezca, lo que estimula o defrauda la fe de las masas populares—; la de la realización del hecho violento y demoledor del sistema capitalista y del Estado, lo cual, indefectiblemente, requiere un plan insurreccional táctica y objetivamente esbozado (*), y la de realización constructiva, en la cual está la verdadera médula de la revolución.

(*) Es una ingenuidad, algo que hace reir y llorar a la vez, el creer que un plan insurreccional consiste en la consigna de tomar posesión de la tierra, fábricas, talleres y demás centros de producción y tráfico. La vida social de los pueblos es algo más que esto, algo que si no se puede prefijar de un modo matemático, mucho menos puede ser atenuado con fórmulas teóricas que, con ser de orden genérico, fueron concebidas en el siglo pasado. ¿Quién, de los revolucionarios a ultranza, ha hablado de cómo habrá de organizarse, nada más que en principio, el conjunto de la vida social de España al estallar la revolución y, sobre todo, después de destruído el sistema capitalista? El problema requiere algo más que consignas parciales y que fórmulas abstractas de puro genéricas.

Para el que tenga sentido común, aparece en seguida la distancia que media entre «preparar la revolución» y «decretar la revolución». Las revoluciones surgen, sea por las causas que fuere; pero las revoluciones las encauzan los que mejor y con mayor justicia saben orientarlas hacia finalidades concretas, predeterminadas con algo más positivo y eficaz que el verbalismo vago, casi siempre de los ignaros de lo elemental y substancial de las revoluciones. Y ese algo positivo y eficaz, preciso para levantar a las masas populares con fe y con empuje arrollador, nosotros creemos encontrarlo en gran parte resolviendo con hechos prácticos el problema de la estructuración orgánica de la C. N. T., según fué planteado y tomado en consideración en y por el Congreso extraordinario celebrado en Madrid en junio último.

La resolución de este problema es, de hecho, una preparación revolucionaria. Pero no admitimos nosotros, ni nadie debe admitirlo tampoco, que el hecho de esta preparación sea la panacea para provocar la revolución social en España y triunfar en ella. La revolución, social o política, estallará en España más pronto de lo que muchos suponen, tal vez independientemente de la voluntad de la C. N. T. y de los anarquistas, y todo el problema consiste en que los anarquistas y la C. N. T. estén preparados para orientar esta revolución con algo más que con su fuerza, ya que únicamente con la fuerza sólo se conseguiría un control efímero, puesto que escaparía de sus manos para pasar a las de los mejor preparados para encauzar esa revolución y hacerla cristalizar en sistemas estatales contrarios a las aspiraciones e intereses del pueblo.

Tenemos esta concepción de las cosas, seguiremos manteniéndola en tanto razones superiores a la palabrería populachera no vengan a destruirla, porque nuestra visión de la revolución social dista mucho de la de los que no distinguen las características que diferencian fundamentalmente una revolución social de una revolución política. Ya tenemos dicho que las revoluciones de este último tipo pueden darlo todo a la fuerza—y casi nunca lo fueron todo a ella—, en tanto que las de verdadero tipo social y libertario, para su triunfo, más que de la fuerza popular, dependen de una rápida estructuración que facilite la organización de la vida económica y la satisfacción de las necesidades más apremiantes de las masas del pueblo.

Por esto entendemos que, además de la nueva estructuración orgánica de los Sindicatos en sentido industrialista y con su complejo nacional, hay que dar una idea clara de cuáles van a ser los órganos de distribución al consumo, de cómo van a ser constituídos y de qué manera van a funcionar los órganos de atención de las necesidades generales y públicas de las poblaciones. En fin, entendemos que todo esto y mucho más que obviamos por innecesario de precisar, debe ser estructurado e ideado con claridad antes de pensar en empresas revolucionarias de tipo social y, necesariamente, libertario. Admitiéndolo todo como previsto, no bastaría que las élites anarquistas y confederales tuvieran formado un acabado concepto de lo que hay que hacer al estallar la revolución social. Es preciso que las masas populares tengan visto que este concepto de posibilidades es una realidad tangible.

Y para que este concepto de posibilidades sea tanto más tangible y motivo de esperanza para las masas del pueblo, nosotros aspiramos a que una actuación reflexiva y ponderada de los anarquistas y de la C. N. T. sea una garantía y una fuerza centrípeta que atraiga los técnicos de todas las especialidades industriales y agrícolas a confundirse con los trabajadores manuales y a hacer común la causa de todos los que, de una o de otra forma, dependen del salariado. Aspiramos incluso a que esa actuación reflexiva y ponderada tenga la virtud de provocar la formación de agrupaciones de intelectuales al servicio de la C. N. T., convencidos de que estas agrupaciones pueden y deben prestar valiosísimos servicios al proletariado, elevando el nivel cultural del mismo, hoy, y ayudando mañana a la reconstrucción del conjunto de la sociedad.

***

Ahora bien; tenemos el firme convencimiento de que la revolución, social o política, pero una revolución profunda, se acerca a grandes zancadas. España será teatro de ella dentro de un plazo muy corto, no porque la provoquen los que quieren realizarla todos los días ni porque consigamos provocarla los que, al parecer de muchos, queremos fundamentarla sobre un plan de estructuración orgánica. La revolución en España estallará inopinadamente, automáticamente,

(*Pasa a la página siguiente*)

ASPECTOS PRERREVOLUCIONARIOS

Disquisiciones sobre la acción

En un viejo libro de anécdotas leí hace mucho tiempo la siguiente:

Una Revista mundial publicó un anuncio en el que otorgaba un fuerte premio en metálico al lector que le presentara la más hermosa cebra. La Revista daba incluso detalles del lejano país en que podía hallarse dicho cuadrúpedo. Se daban, asimismo, dos meses de tiempo para presentarla.

Leyeron el anuncio un inglés, un alemán, un español y un francés, que se comportaron como sigue:

El inglés, no bien hubo leído el anuncio, salió corriendo en busca de la cebra, diciendo: «El tiempo es oro».

El alemán salió también con precipitación, pero no sin precaverse bien de cuanto pudiera necesitar para el viaje y haber examinado antes el mapa a fin de saber con exactitud los puntos por donde tenía que pasar.

El español lió un cigarrillo, se tumbó indolentemente en el diván, contempló las espirales de humo del pitillo y musitó, satisfecho: «Puesto que me dan dos meses de plazo, tiempo me queda para hacer los preparativos del viaje. ¡Mañana veremos!»

El francés, diligentemente, compró un bello asno negro, lo pintó con rayas blancas y lo presentó al Consejo de Administración de la Revista anunciadora, como la más hermosa cebra conocida.

Como se ve, los pequeños rasgos descritos en la anécdota anterior reflejan con aproximada exactitud una de las fuentes psicológicas de los pueblos mencionados. En lo que respecta al español no ha sido del todo mal visto. ¿Es que no está en la conciencia de cada uno de nosotros, cuando se nos plantea cualquier problema, el tan general encogimiento de hombros o el aún más peculiar «mañana será otro día»?

Yo no me atrevo a afirmar, contrariamente a lo que alguien dice, que el español no es un hombre de acción y sí sólo un imaginativo, porque sin la cualidad de la acción, no hubieran sido posibles las gigantescas gestas de la Reconquista, ni las del descubrimiento y conquista de América. Es posible, también, que la acción en España no haya obedecido siempre a un ideal nacional, a un sentimiento colectivo que hace accionar a todo un pueblo en masa, y que, por la misma ausencia de acción de la colectividad, como complemento, hayan surgido de entre los españoles tantas individualidades poderosas a la Cid, a lo Hernán Cortés, a lo—¿por qué no?—don Juan. Don Juan, hombre de acción a su manera, con su pasión exacerbadamente sexual, no es sino la contrarrespuesta a una sociedad que, con más tesón que la de los demás pueblos, va a guardar su castidad y su virginidad a los conventos; que eleva a la categoría de pecado el contacto carnal, y que aun hoy, cuando el resto de Europa casi ha resuelto la libertad sexual, tan sólo para España continúa siendo un tema tabú.

No está, pues, la cantera de nuestro pueblo yerma de hombres de acción. El hecho de haber existido éstos, aunque accionando en forma puramente individual, movidos las más de las veces sin noción de la ulteriordad social de la acción que iban a realizar, esporádicamente, sólo por puro placer fisiológico —¿acaso no vemos por todas las páginas del Quijote aceptar al Caballero la aventura por la aventura misma?—, denota que pueden existir; mejor dicho, que no han dejado nunca de existir. Lo que urge es canalizar esa acción, encontrarle ideales colectivos que la hagan fecunda, que no «gasten la pólvora en salvas» o «hagan mucho ruido y pocas nueces», como dicen dos viejos refranes españoles que confirman la infecundidad de la acción hispánica.

El hallar formas de actividad que interesen y pongan en pie a toda o a la inmensa mayoría del pueblo, es la única manera de no desperdiciar esa pólvora en salvas, puesto que la acción obedece a un ideal o a un propósito comúnmente sentido. Además, el interés común acrecienta el número de hombres que accionan, más posibilitan el éxito de su empresa, mejor economizan sus propias fuerzas y menos malgastan sus medios ofensivos y defensivos, es decir, no tienen necesidad de «poner toda la carne en el asador».

Generalmente, se cree de una manera equivocada que la acción es sólo un problema de fuerza, y de fuerza bruta, además. Así, no es de extrañar que en nuestros medios sindicales cada vez que se pronuncia la palabra acción, lo primero que venga a la mente de los que la oyen sea preparar las armas, levantar barricadas y correr la pólvora. Sin embargo, la fuerza no es más que una de las innumerables formas de la acción y hasta no es la más importante de todas.

Colón, por ejemplo, dirigiendo sus naves hacia el Nuevo Mundo, no es más hombre de acción que Gutemberg, quieto en su aldea alemana y descubriendo otro mundo intelectual. Napoleón, invadiendo Europa y parte de Africa, no es más hombre de acción que Newton, estático ante la caída de la manzana que le dió las leyes de la gravedad.

El culto, pues, a la forma más bárbara y primitiva de la acción, es decir, a la fuerza bruta, cada vez se ve más desterrado de los pueblos cultos y, si se reconoce como una fatalidad histórica, no se admite sino como *última ratio*. Y aun así, después de haber demostrado aprioristicamente el caudal intenso de razón que asiste a quien la emplea, única forma de hacerla fecunda y constructiva.

Lo que suele suceder es que, reconociendo que la fuerza bruta ha sido en ocasiones el gran resolutivo de los avances sociales, no ha podido evitarse el culto de la misma por cierto número de hombres predispuestos fisiológicamente para ello.

Y en España precisamente, donde el valor personal se eleva por nuestra idiosincrasia a la categoría de endiosamiento, se ha admirado siempre más la forma de acción del torero o del guerrero, que la del técnico o el filósofo. En el extranjero, que se nos conoce ya de esa guisa, no hace mucho publicaba una Revista que «los toreros solían ser los más grandes gobernantes y que uno de los mejores *toreadores* fué el general Espartero».

Hasta en el amor se ha vendido conquistando a la mujer a punta de cuchillo y de majeza, y el hecho de que a la palabra «guapeza» se le haya dado un significado sinónimo a la de valiente, demuestra que nuestras mujeres no han considerado guapo, en el verdadero sentido de la frase, más que al hombre dotado de valor. En política, incluso, han triunfado en este país—«¡aquí hace falta un hombre!»—más que los estadistas de talento, los de más fuerte garganta y los que mejor se han batido en duelo, no escapando a esta regla general nuestros medios confederales, donde han bastado a algunos un par de hechos hazañosos para erigirse en guías insustituibles de primera fila.

La acción, pues, no puede confundirse con la fuerza bruta, con el valor personal.

Tiene tonos variados y multiplicidad de aspectos que conviene reivindicar. El valor personal, esa fuerza individual grandiosa, que a través de la Historia tanto se manifestó en España—aunque magníficamente baldía las más de las veces—, conviene aprehenderla, domeñarla, encauzarla—como Hertz captó y encauzó las ondas que llevan su nombre—, a fin de hacerla fecunda y creadora. En una palabra, ponerla al servicio de la inteligencia constructiva. Que, como dijo Unamuno, no se empeñe el brazo en suplantar las funciones propias del cerebro.

LEAFAR

Extravío senil

Si difícil cosa es poder conocer la capacidad de cierta gente, lo es más todavía llegar a averiguar de lo que es capaz.

Sin garantías morales no hay actuación posible. Y tratándose de actuación anarquista, la defensa de los individuos tiene que quedar encomendada a la colectividad, máxime si el individuo ofendido es un representante de ella, por delegación.

No he de detenerme a exponer el cuadro que la contemplación de la realidad que vivimos en estos momentos me sugiere. Quiero señalar tan sólo los síntomas precursores de una posible avenencia que ya comenzaban a surgir por todas partes; la manifestación de un anhelo que trabajosamente iba abriéndose camino; la reacción lenta, pero con dirección precisa, de los espíritus cansados y abatidos por una pugna que poco a poco reducía a completa esterilidad los esfuerzos de todos...

Este momento y esa oportunidad han sido justamente los escogidos por Federico Urales para añadir, a las discordias existentes, una discordia más.

Su artículo publicado en «El Luchador» de 11 del actual, merece ser conocido por todos los militantes de España, por todos los efectivos de la C. N. T.

¿Qué dice en ese artículo? En primer lugar, Urales traza una divisoria entre los militantes de la organización: a un lado sitúa a los que han ido a la cárcel; a otro, a los que *se han aprovechado* del encierro de esos compañeros para asaltar los cargos de la organización y ponerse a la disposición de las autoridades, y aun de los comunistas, para estrangular la C. N. T. Dice más, Urales: dice que los militantes de la orilla de acá han pactado con las autoridades a fin de que llevasen a cabo las persecuciones últimas y mantuviesen en secuestro a los detenidos al objeto de tener campo libre.

Pero toda esta fantasía carece de importancia. No nos interesa lo que Urales haya podido decir, sino deducir lo que se propone.

¿Qué se propone Urales? Después de mentir a sabiendas con objeto de desprestigiar al compañero Mira, que Urales sabe que cotiza en el Sindicato del Ramo de la Madera, así como que su nombramiento para el cargo de Secretario del Comité Regional ha sido perfectamente regular; luego de aderezar arteramente la preparación de la insidia, Urales lanza esta frase: «Ya sabemos que los llamados extremistas, llamados así con la posible mala intención, son valientes para, en último extremo, liquidar este asunto frente a frente.»

El propósito de todo el artículo se resume en esa frase, que encierra una verdadera *provocación*. Sabía Urales que una vez promulgado el indulto, esos compañeros «extremistas» habían de ser puestos en libertad. Pues bien: era menester que a su salida de la cárcel no hallasen la paz; había que preparar una atmósfera de discordia, de guerra intestina; convertir nuestros medios en un campo de Agramante.

El propósito de Urales, enzarzar a los militantes en una lucha que acabase de hundir la organización y él contemplar el espectáculo desde detrás de la barrera.

¿Con qué fin? Es lo que debe averiguar la organización.

Puede estar seguro Urales de que sus intentos han de resultarle fallidos. La experiencia de las *fórmulas* ha sido demasiado dura y ha durado demasiado.

Los militantes han de convencerse de que es menester que esto acabe y de que es preciso hacer un baldeo completo en la nave confederal; que sin más tardar hay que afrontar de cara esta situación y ver si es posible establecer garantías morales de actuación para, sin recelos, hacer de la C. N. T. el organismo potente, *respetado y temido*, que haga de nosotros la fuerza exigida por las circunstancias.

Hay que saber si es posible actuar, para *si no se puede obrar en común*, dejar paso franco a los mejor dotados.

La Federación Local de Sindicatos de Barcelona, la Confederación Regional de Sindicatos de Cataluña tienen la obligación de emplazar a Urales invitándole a precisar sus aseveraciones: el prestigio de la organización y la dignidad de los militantes así lo exigen.

AGUSTÍN GIBANEL

AVISO

La correspondencia con los camaradas que editamos CULTURA LIBERTARIA será dirigida a P. Alfarache, Urgel, 42 (imprenta), Barcelona.

Ya relacionada con la Dirección y Administración, a nombre del periódico e igual dirección.

Rogamos se tenga en cuenta esto, para facilitarnos el trabajo. Ruego que hacemos especialmente a nuestros amigos del exterior.

¿ES POSIBLE LA UNIDAD?

Se advierte en nuestros medios una marcada tendencia a crear una corriente de unidad entre las tendencias de base anarquista que actúan en el seno de la C. N. T. Si ello se afirmara en un acontecimiento cualquiera, y por un momento ese hecho se reflejase en la existencia de nuestro movimiento obrero, nadie sería capaz ahora de calcular los beneficios que ocasionaría al proletariado español y a la causa de la revolución social que postula el sindicalismo revolucionario.

Y esta idea, que ha sido para gran número de camaradas la más bella de sus ilusiones y el más firme acicate para su actuación, ni que decir tiene que ha de contarnos como entusiastas partidarios a todos los que, bien o mal, con inteligencia o sin ella, hemos estado siempre al servicio de la Confederación.

Descontando, pues, la decidida predisposición a lograr de hecho esa unidad, vamos a ver si con la experiencia obtenida durante algunos años se puede hablar seriamente de ello y ver si existe la posibilidad de que eso que vive ya en el alma de muchos camaradas y que constituye, aunque transitoriamente, una halagüeña corriente, es posible transformarlo en un hecho que ponga término al desconcierto predominante.

Se habla de unidad. ¿Por qué? Primeramente, porque en el seno de la Confederación se está librando una batalla entre dos tendencias, que, llamándose ambas anarquistas, pugnan por el predominio de su criterio en el seno de los Sindicatos de la C. N. T. Y después, porque la pugna de estas tendencias, al llevar sus querellas a los sindicatos, rompe la unidad de acción de éstos, puesto que se gastan más energías en la lucha de tendencias, que no en combatir al enemigo.

Las causas genéricas, esenciales, de la falta de unidad, son las anotadas, y ellas no deben confundirse con sus efectos, que en los episodios de la lucha adquieren carácter personalista. Claro que entre las causas fundamentales que han creado este rompimiento moral, se mezclan otras de índole extraña al movimiento obrero y a la misma honradez del pensamiento. Pero ello es posible por la existencia de lo primero. Aisladamente, nada podrían hacer contra la unidad.

Aceptemos en principio, como causa de la falta de conexión espiritual, la existencia de dos tendencias, no teniendo en cuenta la actuación de los comunistas estatales. Y aún admitiendo que este punto de vista es en rigor inexacto, admitamos, al menos, la realidad bien manifiesta en dos núcleos importantes de hombres que militan en la C. N. T. de una discrepancia fundamental en el enjuiciamiento de los acontecimientos que en España se están desarrollando desde hace quince años, y como consecuencia, en las conclusiones de perceptiva sobre el inmediato porvenir. ¿Sería suficiente, en tal caso, para lograr la unidad, la buena voluntad de unos cuantos hombres? Ni suficiente ni posible.

Suponiendo que la falta de unidad es como una enfermedad que va minando la vida de nuestra central sindical, es necesario reconocer que sería contraproducente todo intento de curación sin atajar el mal en su raíz, es decir, sin esterilizar la causa que la determina.

La empresa es ardua. Tal vez, a mi manera de ver, la obra más difícil—por ser la más importante—que han de hacer los militantes de la C. N. T. Podría decirse que actualmente, la mayoría de factores están en contra del propósito. Y sólo la buena voluntad de los que reconocemos la trascendencia del proyecto, está en favor. Y como no sería posible que al hablar de esto nos entendiéramos con eufemismos ni poniendo sordina a nuestras palabras, de hablar hablaremos con entera franqueza y claridad.

Son factores que han de dificultar la unidad: primero, la tendencia de partido que caracteriza al movimiento de la F.A.I. en su intervención oficiosa en el seno de los sindicatos. Segundo, el criterio irreductible de una gran mayoría de militantes que no estamos organizados al margen de la C. N. T., de aceptar la revolución por la revolución.

Aunque parezca unilateral este criterio, es una realidad que nadie podrá negar, el efecto que en la actuación de los sindicatos causa el primero de los factores enumerados.

La tendencia de partido—las fórmulas, que diría el amigo Gibanel—está fuertemente arraigada, y es un factor de peso para lograr la unidad, puesto que ella no sería aplicable de hecho mientras subsistiera la posibilidad de que predomine el criterio de un partido, aunque este partido sea anarquista. Y no lo es menos el segundo, puesto que ello refleja que existe una corriente de opiniones sumamente peligrosa para las contingencias de una revolución, toda vez que la incapacidad intelectual de la clase trabajadora, en un período revolucionario, ha de ser suplantada por una firme disciplina moral de los hombres y de las organizaciones sindicales.

Al pensar, pues, en la unidad, ha de meditarse *ipso facto* en la resolución, previa e insoslayable, de la causas señaladas. ¿Cómo? Suprimiéndolas, o estableciendo un pacto sobre determinados puntos concretos que permitieran una firme colaboración de voluntades. Suprimir las causas es algo que me parece, si no del todo imposible, dificilísimo. Ello había de consistir: primero, en que todas las organizaciones específicas se disolvieran, o se fusionaran en una sola agrupación peninsular; segundo, en imprimir a los sindicatos una disciplina que posibilitara de una manera definitiva la democracia sindical, o sea el predominio riguroso de la ley de mayorías. Pero de hecho, no de mentirijillas. ¿Aceptará la F.A.I. ese sacrificio en aras a la unidad? Y como lo previsible es todo lo contrario, es de suponer que ahora más que nunca, irá creciendo, en forma de agrupación, ese otro núcleo de militantes que defiende criterio distinto.

El único procedimiento que posibilitaría la unidad es, a mi juicio, el pacto, si la palabra no suena mal en todos los oídos. Es decir, que la manera, no sólo de pulsar los buenos ánimos, sino de ordenar estas corrientes y contracorrientes de opinión que hoy se traducen en acción negativa, sería la de realizar una idea que hace tiempo circula entre amigos y camaradas, esto es, la celebración de un comicio nacional con ese carácter. A ese comicio tendrían que acudir todas las agrupaciones extrasindicales, y los individuos anarquistas y sindicalistas revolucionarios que quisieran. La base de discusión tendría que ser tres o cuatro puntos concretos sobre los problemas de la revolución, que pueden señalarse oportunamente. Y, sin duda alguna, de ese comicio saldría un fuerte bloque de opinión, suficiente a enderezar inmediatamente el curso de nuestra nave confederal. En el supuesto de que esta idea fuera bien acogida, resta sólo resolver un problema de gestión, o sea: ¿quién convocaría el comicio? No sé si voy demasiado lejos si digo que ese comicio tendría que convocarlo, solamente para presidirlo, el Comité de la C. N. T.

He recogido una idea que circula en nuestros medios. Porque le doy su valor y porque estoy con ella de acuerdo.

¿Es posible la unidad? Quien crea en ello y esté decidido a entregarse a esa obra de valor incalculable, está en el uso de la palabra.

JUAN LOPEZ

La revolución permanente

(Conclusión de la página primera)

al conjuro de un conjunto de circunstancias dramáticas, y esta revolución, por un cúmulo de razones históricas y políticas, impondrá a los anarquistas y a la C. N. T. la responsabilidad de orientarla y de hacerla cristalizar en un mundo nuevo desconocido de los siglos; y esta responsabilidad tendrán que aceptarla la C. N. T. y los anarquistas, sea cual fuere su estado de preparación y su grado de capacidad.

Por esto, al comenzar estos artículos, hemos afirmado nuestra convicción de que al final hemos de encontrarnos en que, tanto los que viven bajo la influencia del mito de la revolución social para cada día como los que encarecemos la necesidad de vastas estructuraciones orgánicas para realizar esa revolución social, carecemos de razón. Carecemos nosotros de ella—«carecerían» de ella, porque nuestros postulados los hacemos firmes de un modo condicional y revocable—; carecemos nosotros de ella, repetimos, tanto más cuanto estamos convencidos de que, por muy de prisa que se realizaran nuestros deseos, la revolución surgirá en España antes de que la C. N. T. se haya estructurado con arreglo a los acuerdos del Congreso Nacional extraordinario y antes de que los técnicos e intelectuales se hayan decidido a luchar por la causa del proletariado, que, en el orden moral y en el económico, incluso, es la propia causa de los intelectuales y de los técnicos. Y admitimos que en lo que nosotros carecemos de razón, no carezcan de ella los infiudos por el mito de la revolución para cada día.

Pero si admitimos que no carecen de esa parte de razón, afirmamos que en otra parte de la cuestión no la tienen en absoluto. La revolución no se puede hacer cada ocho días, ni se puede hacer con la misma facilidad con que se lleva a legiones de individuos a ofrecerlas como blanco de las iras y de los chafarotes de los esbirros del capitalismo. La revolución surgirá cuando fatalmente deba surgir, más que obedeciendo al impulso de una colectividad o de unos individuos, respondiendo a una serie de hechos dramáticos, a un proceso de evolución espiritual determinado por estos mismos hechos. Y no queremos decir que ese proceso de evolución espiritual no debe ser forzado. Lo que decimos, puesto que así se tercia, es que no debe forzarse con imprudencia. El ejército que marcha a una gran batalla debe guardarse de las escaramuzas que, en lugar de la gloria, le brindan heridas por donde manen la sangre y la energía de los combatientes.

La revolución surgirá, pues, cuando aun no estará hecha esa preparación orgánica que propugnamos. Sin embargo, nosotros insistimos en que, en tanto que esperamos ese alumbramiento fatal de la revolución, se debe preparar en lo posible la recepción de ese alumbramiento, con el fin de que él tenga su plasmación en el alma del pueblo sin necesidad de excesivas violencias; y opinamos así, porque entendemos que los anarquistas y sindicalistas revolucionarios, menos que nadie, no tenemos derecho a fiarlo todo a la fuerza, ni a los excesos jacobinistas ni a nada que resulte antitético a los frutos de la inteligencia y de la iniciativa prácticamente revolucionarias.

Sabemos que el choque violento, terriblemente trágico, es inevitable en las revoluciones. Nuestras previsiones nos hacen temer que va a estallar la revolución en España sin que los anarquistas y la C. N. T. cuenten con mucho más que la fuerza.

Tenemos el valor de reconocer públicamente que los anarquistas y los Sindicatos no están preparados para aceptar la responsabilidad de organizar por sí mismos el aparato de la producción y de la economía de acuerdo con la concepción libertaria. Sabemos que esto suena mal a muchos oídos; pero nada nos importa, ya que nosotros somos lo suficiente independientes para no debernos a nadie más que a la verdad. Sin embargo, creemos que sólo a los Sindicatos y a los anarquistas les corresponde la responsabilidad de orientar la próxima revolución hasta plasmarla en la realización del comunismo libertario. ¿Cómo superar esta incapacidad técnica en el orden de la producción y de la economía? Ahí está el problema ante el cual los anarquistas y los Sindicatos no deben retroceder.

La solución del problema está en que los técnicos y los directores de las industrias se pongan al servicio de la revolución social. Tenemos motivos para prever que estos elementos, tan útiles a la revolución, por su educación burguesa y por su mal entendido egoísmo de clase se negarán a coadyuvar a la obra revolucionaria del proletariado; antes bien, y esto es lo seguro, la sabotearán en beneficio del capitalismo. Y en este caso, el único camino para los Sindicatos y los anarquistas no podrá ser otro que el de la imposición, sea por el procedimiento que sea.

Aquellos que poseen la técnica y la práctica de la organización y administración de la producción y de la economía, habrán de ser forzados, por imposición del proletariado, a cumplir su función social. Los que se resistan a cumplirla o la cumplan con mala fe, habrán de sufrir la inexorable razón de la fuerza revolucionaria. ¿Se comprende el valor de este procedimiento?

¿Es esto la dictadura del proletariado? Suponemos que muchos se formularán esta pregunta. Nos adelantamos a decir que esto es la aplicación de la teoría de la revolución permanente, hecho fatal e inexcusable que ha de seguir a todo hecho revolucionario que, con el sistema capitalista, derrumbe al Estado. Es posible que alguien pretenda que esta teoría, en puridad, es la teoría de la dictadura del proletariado. No vamos a discutir ahora con los que tal pretendan, porque lo que interesa es que lleguemos a un acuerdo los que por convicción y por sentimiento rechazamos lo que hoy está admitido por dictadura del proletariado.

¿Dónde y cuándo los anarquistas han admitido de un modo expreso y públicamente la teoría de la revolución permanente, hecho fatal e inexcusable, repetimos, en la verdadera revolución social? Los influidos por el mito de la revolución social cada ocho días, nada han dicho sobre el particular, sobre ser este particular lo que, sin duda alguna, marca el punto de coincidencia de las dos tendencias hoy en pugna. Comprendemos que falte el valor para llamar las cosas por su nombre, aunque este valor no debiera faltarles a los que, careciendo de organismos estructurados para substituir a los llamados a desaparecer, y careciendo de ideas concretas sobre la organización de la sociedad futura, nos hablan a diario de la revolución social. Nosotros vamos a pronunciarnos sobre este problema, declarando de antemano que vamos a dejar afirmado que la teoría de la revolución permanente nada tiene de común con la dictadura del proletariado patrocinada por los mal llamados comunistas. Hoy nos falta espacio para agotar el tema.

J. PEIRO

CRITICA SINDICAL

La huelga de Teléfonos

IV Y ULTIMO

Vamos a terminar estos comentarios en torno a la huelga de teléfonos sin la pretensión de haber agotado el tema. Tampoco teníamos esta pretensión. Al escribirlos, no nos propusimos nada más que hacer que los compañeros fijasen la atención en este conflicto.

Ha sido la huelga de teléfonos el conflicto que más ha llamado la atención en estos últimos tiempos. La actitud del Gobierno, la de la Compañía, la de los huelguistas y la de los trabajadores de la Confederación, estuvo concentrada en torno a él. Durante unas semanas, la huelga de los obreros de teléfonos acaparó la actualidad. La atención de los capitalistas, como la de los mismos trabajadores la acompañaba por todas partes. Esto prueba la importancia que se le concedía.

En estas condiciones, suponer que bastan cuatro artículos periodísticos para estudiar a fondo las fluctuaciones, incidencias y derivaciones, que un conflicto de la importancia del de teléfonos pueda tener, es equivocarse en absoluto, ya que es imposible sintetizar en tan corto espacio la cantidad de comentarios y de ideas que del estudio de él puedan derivar.

Por lo mismo, nuestra limitada intervención no ha querido otra cosa que señalar puntos esenciales que obliguen a fijar en ellos la atención.

Resumamos, pues, lo dicho. Según nuestro leal entender en la huelga de teléfonos faltaron los elementos indispensables para ganar una huelga. Inoportunidad al escoger el momento de declararla. Importancia de los factores que había de tener en contra suya. Carencia del factor esencial: el huelguista. Desplazamiento del conflicto hacia planos distintos de los suyos naturales. No hay más, a nuestro modo de ver. Pero son ya suficientes. Con muchos menos se han perdido otros conflictos.

Expuestos ya los factores de orden interior y exterior que ayudaron al fracaso, queda por examinar un último factor, que por tener características especiales hay que examinarlo en sitio aparte y desligado de todos los demás.

Habrán supuesto los lectores que nos referimos a la solidaridad prestada al conflicto de teléfonos por los demás Sindicatos de la Confederación.

Esta solidaridad fué espléndida. Fué magnífica. Llegó a límites insospechados. Sin embargo, fué totalmente ineficaz. El conflicto de teléfonos, que atrajo sobre sí la atención de la mayoría de la opinión del país, no llegó a sugestionarla, a someterla, a dominarla. ¿Por qué? Porque las necesidades unas veces y otras, las impaciencias de muchos, provocaban a diario conflictos que, aunque transitoriamente, desviaban la atención de la opinión del conflicto de teléfonos para fijarla momentáneamente en el conflicto recién provocado. Por lo que fuere, no hubo la clarividencia necesaria para ver el alcance que tenía el conflicto de teléfonos, porque de haberla tenido, la atención de todos se hubiese concentrado exclusivamente en él.

Añadido esto a lo dicho anteriormente, nadie puede dudar ya que el conflicto de Teléfonos estaba condenado al fracaso desde el momento de su iniciación.

Perder una huelga está siempre en lo probable. Igualmente está en lo probable ganarla. Lo que ya no está en lo probable es declarar una huelga que forzosamente ha de perderse. Y la de Teléfonos lo estaba.

¿Pero no lo vió nadie, se dirá, para prevenir y evitar a tiempo la catástrofe? Sí; hubo quien lo vió; y hasta se llegó a insinuarlo a quienes lo hubieran podido evitar. Pero éstos estaban ciegos; hablaban del triunfo con emoción casi religiosa. Se creía en el triunfo como los cristianos en el santo advenimiento. Toda reflexión dirigida a manifestar alguna duda, se la recibía con desdén. Se triunfaría, era la consigna. Lo demás era derrotismo, pesimismo enervador. Ahora, los resultados han demostrado lo contrario; pero es tarde para volver sobre lo hecho. ¿Servirá de lección? No. Y lo afirmamos categóricamente. La lección de la huelga de Teléfonos no nos servirá para nada; como no nos ha servido; puesto que después del descalabro a que nos ha llevado, se ha repetido el ensayo en otras organizaciones, con resultados igualmente negativos.

No obstante hay que abrir el corazón a la esperanza. Un fracaso, dos, tres, es doloroso sufrirlos; pero a la postre ellos nos enseñan lo que de otra manera no queremos aprender. Las cosas son así y no de otra manera.

X.

Comentarios a la Conferencia Regional

En los debates acerca de la orientación de *Solidaridad Obrera*, se lanzaron algunas afirmaciones inexactas, que pretenderemos refutar en estos comentarios. Una de ellas es la que se refiere a la significación del organismo nacional, y que consiste en negarle su auténtico carácter. «La Confederación no es sindicalista», se dijo.

Jamás ningún militante de los que más han trabajado por la C. N. T. se había atrevido a decir semejante despropósito. Desde los que fundaron las primeras agrupaciones revolucionarias y celebraron los primeros actos de carácter nacional, hasta los actuales, hablan coincidido en esa definición substancial que, sin negar la finalidad futurista, le daba a la C. N. T. carácter de organismo de masas. «La Confederación no es sindicalista». Esto es tanto como afirmar que la misión fundamental de la Confederación no es la de instrumento de defensa de los trabajadores. Y esta afirmación es absolutamente falsa. La C. N. T. es sindicalista, fundamentalmente sindicalista. Si no lo fuera, no estarían en su seno los grandes núcleos de trabajadores que la constituyen. Si no fuera sindicalista, no habría llegado a constituir la fuerza auténtica del pueblo contra el poderío capitalista.

¿Niega esto acaso la manifiesta influencia del anarquismo y de los anarquistas en todas sus luchas, en su acción de cada día, en la afirmación constante de sus tácticas características? Al contrario. Si la C. N. T. es sindicalista revolucionaria, si es antiparlamentaria, si niega la penetración de los organismos estatales en su seno, si procura mantener a los trabajadores—mientras le es posible—frente al régimen capitalista de una forma cerrada, es precisamente por la influencia de los anarquistas y su concepción de las luchas sociales. Esto, en síntesis, no es más que la afirmación de la influencia anarquista en el movimiento confederal. Que es algo muy distinto a lo que se quiere afirmar cuando se dice: «La Confederación no es sindicalista».

Dejémonos de jugar con las palabras, porque podría llevarnos a una situación delicadísima. La C. N. T. es centro revolucionario porque es sindicalista. Porque agrupa a los trabajadores en el terreno de la lucha de clases. Porque su objetivo inmediato—la defensa de los trabajadores contra sus condiciones de existencia—constituye un centro de atracción imposible si se la diera un carácter completamente de partido. Es sindicalista, porque su célula es el sindicato y porque quiere trabajar con ellos en la realización de sus fines de transformación. Si la Confederación no fuera sindicalista sería el apéndice de un partido—de cualquiera—: socialista, comunista, etc. Es sindicalista, porque los anarquistas, que la crearon y la han mantenido rebelde a toda dirección de partido, supieron colocarse, con magnífica visión de la realidad, junto a la base, junto al obrero, sin caer en la trampa de quererla convertir en instrumento de partido. Cuando se constituyó la C. N. T. se lanzó como consigna de unidad: Cuando llamamos al obrero no le preguntamos cuál es su ideario político; sino que le llamamos teniendo en cuenta su calidad de asalariado. Esta es la línea que no se ha abandonado, y que afortunadamente no se abandonará, aunque en las Conferencias y en los Congresos se lancen, como desahogos personales, afirmaciones que llevan más a separar que a unir a los trabajadores.

Siendo sindicalista revolucionaria, por su origen y por su significación, la C. N. T. lucha por la destrucción del régimen capitalista y por la apertura del gran período revolucionario en que el anarquismo tendrá ocasión de establecer las bases económicas y políticas de un nuevo régimen.

La Confederación Nacional del Trabajo es sindicalista.

Una aclaración

En el número 5 publicamos un suelto acerca del propósito de los radicales de constituir una milicia tipo fascista, propósito anunciado en el primer número de un semanario radical aparecido recientemente en Madrid.

Aludíamos en el citado suelto a la coincidencia de que en el órgano de esa milicia en formación apareciera la firma de Juan Guixé, jefe de Gabinete de Prensa nacional y extranjera, lo que, debido a eso precisamente, nos hacía pensar, sin querer, en un apoyo demasiado conocido. Nos referíamos, claro está al apoyo oficial que ese órgano de los radicales pudiera recibir del Estado.

El señor Guixé nos ha enviado una carta negando veracidad a lo que, no obstante, no llegamos a afirmar. La falta de espacio nos impide publicar la carta, en la que el periodista aludido hace una declaración formal de antifascismo, y recuerda persecuciones que hubo de sufrir de la dictadura.

El asunto, en realidad, era con el periódico y no con el señor Guixé. Mas no podemos dedicar tiempo a este asunto, y lo damos por terminado.

Pero lo cierto, en este caso, es que en un periódico que aparece propugnando la formación de una milicia fascista, los antifascistas no tienen nada que hacer.

LEED Y PROPAGAD

Solidaridad Obrera

EL UNICO DIARIO QUE DEFIENDE A LA CLASE TRABAJADORA

Dirección:

Calle Consejo de Ciento, 241, bajos

CONTESTANDO

Con muchísimo respeto

Artículo que publiqué en este periódico con el título de «Jugar con fuego», en el que comentaba el trágico suceso de la calle de Urgel y criticaba una «Crónica Barcelonesa» de «Crisol», de Madrid, firmada por Fuk, por considerarla que se excedía en el elogio a las «proezas» de Menendez y sus «heroicos» subordinados, ha merecido el honor de una replica del periodista aludido por mí. Fuk, en su replica, me recuerda sucesos tristes y hechos dolorosos de la ominosa época de la Monarquía, que han dejado honda huella en mi vida. Me habla de los tiempos infastos, en que la Federación Patronal tenía bandas de pistoleros capitaneadas por Bravo Portillo y el barón de Koening y en que la vida de los militantes más destacados de la C. N. T. y de los hombres libres estaba a merced de los viles instrumentos de la Federación Patronal, y después añade: «Eran periodistas que no presentaban minutas de abogados a los Sindicatos para percibir de ellos miles de pesetas. Eran periodistas que, por ir en pos del descubrimiento de la verdad a raíz del asesinato del «Pero», recibían anónimos de muerte y eran objeto de constantes amenazas». Sí, lo que dice Fuk sobre el terrorismo de la Federación Patronal y el policía Bravo Portillo, es verdad, mucha verdad; y el comportamiento de contados periodistas, en aquellos días de verdadero peligro, digno de elogio y de aprecio de mi parte. Pero dígame, Fuk, ¿es que aquellos valerosos y honrados periodistas que, al impulso de su conciencia, combatían por la justicia y por el sagrado derecho a la vida, lo hacían acaso porque los hechos se perpetraban bajo un régimen monárquico...? Fuk confiesa que es todo un republicano. También Anguera de Sojo, Maura y Galarza son republicanos, y a eso, naturalmente, nada tenemos que objetar.

Sin embargo, me gustaría que me sacara de dudas Fuk, que es todo un republicano, si a las autoridades republicanas les está permitido aplicar los martirios en los sótanos de la Jefatura Superior de Policía y dedicarse a la caza al hombre. Dígame Fuk, ¿es consubstancial con esta deliciosa República de trabajadores el reprimir de una manera bárbara y sanguinaria los conflictos obreros y sociales? ¿Es inherente al actual régimen político las prisiones gubernativas y la clausura de los Sindicatos de la C. N. T.? ¿Qué se ha hecho de aquellos impulsos nobles y generosos que animaban a los pocos periodistas que, en tiempos de la Monarquía, luchaban por la justicia y la libertad?

Pero lo que Fuk no ha podido probar, que es lo que importa en este caso, es que el jefe de Policía en Barcelona de la segunda República haya señalado públicamente a los verdaderos culpables de los asesinatos perpetrados por la policía ante las puertas de la Jefatura Superior de Policía en la última huelga general de protesta por las prisiones gubernativas, ni tampoco ha dicho públicamente quiénes eran los individuos sin conciencia y sin corazón que torturaban bárbaramente a los detenidos en los infames calabozos de Jefatura. ¿Es que a Fuk, que es todo un republicano, le parece bien que la República proceda así con los desheredados de la fortuna, mientras a los generales monárquicos causantes de más de un desastre nacional que costó miles de vidas de hijos del pueblo español y muchos millones a la Hacienda, se les pone en libertad y se les trata con la más exquisita corrección?

En verdad, con muchísimo respeto... he de manifestarle a Fuk, que ese espíritu de independencia de que blasona en su replica, no lo he subido ver en el escrito que me ocupa. En su escrito, sólo veo la exaltación del triunfador y la adulación de una multitud inconsciente que aplaude a la fuerza bruta, dispuesta a apaciguar sin compasión a un hombre acosado y acorralado por docenas de implacables enemigos.

¿Puede tener espíritu de independencia el periodista que exalta y adula a esa multitud de desdichados? Que me perdone Fuk que le diga, con muchísimo respeto..., que yo no puedo creer en ese espíritu de independencia de que blasona.

Y Fuk es tan amable conmigo, que hasta me da un consejo, que agradezco de verdad en todo lo que vale. Dice: «En adelante procure recoger de Angel Pestaña el ejemplo de tolerancia y de corrección.» Tenga la seguridad Fuk que aprovecharé el consejo. ¿Me quiere, con muchísimo respeto..., permitir que también, a mi ver, le dé un consejo? Pues, ahí va.

En adelante procure Fuk y los periodistas que pretenden ser independientes mirarse en aquel espejo de periodistas independientes, hombre de gran talento y de espíritu verdaderamente libre y audaz, ejemplo de corazón generoso y noble, defensor incansable de las causas justas y luchador infatigable de la libertad: he nombrado al gran periodista Luis Bonafoux. Este eminente periodista, fué siempre amigo de los humildes y su brillante y luminosa pluma la puso en todo momento al servicio de los perseguidos y de los oprimidos. De este gran periodista, pudo decir, con justicia, el consecuente y viejo compañero Enrique Malatesta en el prefacio que escribió para «Bilis», interesante obra de Luis Bonafoux, «que si no era anarquista, merecía serlo».

Aquel gran periodista y gran corazón, muerto en Londres cuando la guerra europea y a consecuencia de las persecuciones de la República francesa; aquel espíritu noble y audaz, repetimos, sí que merecía el título de periodista independiente. Y se lo recuerdo a Fuk, por si de verdad siente vocación por el periodismo independiente, pues Luis Bonafoux es un buen ejemplo y un espejo en donde se puede mirar...

FRANCISCO ARIN

Notas administrativas

Giros recibidos

Isla Cristina: A. S., 6; Vich: A. O., 5; Villajoyosa: I. S., 4; Granada: M. L., 7'50; Málaga: M. J., 5; Palafrugell: I. R., 16; Alcoy: G. B., 32; Ubeda: F. R., 7'50; Pugreig: S. U., 3'50; Arnuga: F. V., 5; Huelva: E. A., 10; Soria: A. M., 4; Tarrasa: E. P., 15; Madrid: I. B., 3'50; Arnuga: F. V., 5; Huelva: C. G., 20; Jimena de la Frontera: E. L., 13; Algeciras: M. P., 15'75; José Domínguez, 3'50; Sabadell: M., 20; Amposta: J. R., 8'50; San Martín del Tesorillo: F. N., 9'20; Carayaca: R. J., 4; Blanes: S. U., 4; Mataró: L. P., 16; Esparraguera: F. E., 10; Manresa: M., 30; Córdoba: L. F., 8; Málaga: M. L., 13.

DONATIVOS

J. Paré, 2; Unos compañeros de Tarrasa, 5; X., 1; Justo Barbé, 2; Unos compañeros de Sans, 10; Griñó, 2; Unos compañeros de Monresa, 10; Unos compañeros de Mataró, 25.

Del Capitalismo... al Comunismo libre

por PEDRO BESNARD

IV

EL COMUNISMO ORGANIZADO SOBRE BASES LIBERTARIAS Y FEDERALISTAS

Aunque todas las tendencias de la anarquía estén de acuerdo en no *reconocer la existencia inevitable del período transitorio* y que algunas de entre ellas, escamoteando a su manera hechos innegables, intenten dar al período que transcurrirá entre la caída del régimen capitalista y la realización *completa* del *anarquismo*, la denominación de «*proceso revolucionario*», es indudable que, *sea cual fuere el nombre con que se le designe*, ese período existirá.

Y es eso—y no otra cosa—lo que precisará que durante aquel período de tanteo, de adaptación, de puntualización, de evolución, en una palabra: el comunismo, antes de ser libre esté organizado lo más racionalmente posible.

El gran error de algunos buenos camaradas libertarios—que no han ido aún a la entraña del problema—consiste en creer *que inevitable, forzosa e indefectiblemente* el período transitorio no puede ser atravesado sin el concurso del Estado y sin el ejercicio de la dictadura.

Como adversarios del Estado y de la dictadura, se creen obligados a negar la existencia del período transitorio. Prefieren designarlo con la expresión atenuada de «*proceso revolucionario*» y éste, según ellos, puede desarrollarse sin intervención del Estado y de la dictadura.

¿Cómo no se percatan de que el período transitorio, llamado por su verdadero nombre, puede ser recorrido, asimismo, sin el Estado y su instrumento?

Nada más cierto, sin embargo. ¿Qué es, pues, a juicio suyo, el comunismo *libertario*? ¿Lo confundirán con el comunismo *libre*, llegando, por consiguiente, a caer en la aberración de creer que toda forma de organización es *obligatoriamente* autoritaria, centralista y bolchevista?

He estado creyendo hasta el presente, hasta la época confusa en que vivimos, que un sistema de organización federalista funcionando de abajo arriba, controlado en todos los escalones, en el que los individuos y las agrupaciones son libres *dentro del marco de los principios libremente aceptados, de las decisiones tomadas libremente tras discusiones libres, igualmente*, era susceptible de hacernos atravesar sin estorbo el período transitorio, de conducirnos del capitalismo destruido al anarquismo total.

¿Me habré engañado al creer que ese sistema era la expresión misma, sin discusión ni equívoco posible, del comunismo libertario?

Dígase lo que se diga y hágase cuanto se quiera para llegar a hacerme creer que un sistema, cual el que nos ocupa, que comporta: *la responsabilidad colectiva* y la ley de la mayoría—irreemplazable hasta en los mismos congresos anarquistas actuales—, al par que *la organización*, tanto en el plano económico como en el político y social, se me quiere hacer creer, repito, que eso no es anarquista; yo no lo confundiré jamás con el comunismo autoritario, con yo no sé qué neo-bolchevismo.

Lo que hemos expuesto es el comunismo ORGANIZADO sobre bases federalistas antiestatales. Luego es el comunismo libertario mismo. Lo será prácticamente mañana, propiamente, para todos los anarquistas comunistas. No es cuestión de discutir si, *teóricamente*, lo es hoy.

El comunismo libertario no es otra cosa, *a partir desde ahora*, que el comunismo organizado conforme a los principios que nosotros divulgamos y defendemos.

Con él, es con quien saltaremos el período transitorio, tan temido—bien equivocadamente—por ciertos anarquistas.

Y ese comunismo lo será *sin autoridad, sin poder, sin Estado, sin dictadura: revolucionario, libertario, individualista y, sobre todo, educacionista y evolucionista a la vez*, pero asimismo *organizado*, hasta la realización completa del comunismo libre, fin supremo de nuestros esfuerzos.

Fuera de él no hay sino autoridad, dictadura, estatismo.

¿Quién, de entre los anarquistas-comunistas actuales se atreverá a declarar que ese comunismo no es el suyo, que es bolchevista?

CONCLUSION

He dejado dicho, en el transcurso de mi exposición, que el sindicalismo revolucionario lo mismo puede realizar el comunismo autoritario como el comunismo libertario. Es exacto. Según acepte los principios del uno o del otro, le es posible instaurar éste o aquél.

Y a estas dos constataciones puede añadirse una tercera: *ni el comunismo autoritario, ni el comunismo libertario, ninguno de los dos pueden ser instaurados sin él, al margen de él o contra él.* Y además esta cuarta: EL SINDICALISMO NO CONSENTIRÁ EN DESAPARECER SINO CON EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBRE.

El es por su forma, por sus componentes sociales, por los fines que persigue; por las fuerzas y los medios de que dispone, *el único* agrupamiento que, natural y normalmente, puede instaurar el comunismo.

Su actividad, su acción son ya, desde este momento, comunistas. Sus bases morales: *la solidaridad y la ayuda mutua*, son igualmente comunistas.

De él puede decirse que es, incluso en régimen capitalista, el comunismo libertario en potencia. Hoy, no obra más que defensivamente; mañana, actuará ofensivamente y, algo más tarde, realizará. Sin él, bajo ningún aspecto, en ninguno de los terrenos, hay *comunismo práctico* posible.

De esta verdad es de lo que todos los anarquistas deben compenetrarse y de ahí es de donde deben partir para determinar su acción social.

Pero hay varias especies de sindicalismo revolucionario, así como también hay diversas formas de comunismo organizado; de la misma manera que hay, igualmente, períodos transitorios de caracteres diferentes.

De ellos hay por lo menos dos géneros que ya he analizado aquí: el comunismo a base autoritaria, estatal, centralista, el de Marx y de Lenin; y el otro: *el nuestro*, que es libertario antiestatal, federalista, el de Bakunin y de Kropotkin, que es el que los anarquistas-comunistas hacen suyo, tras haberlo completado y puesto a la luz del día, conforme los acontecimientos lo exigían.

El sindicalismo revolucionario moderno, el de la A. I. T., de la C. G. T. S. R. francesa y de la C. N. T. de España, rechaza la forma autoritaria. Propaga y defiende la segunda: libertaria y federalista. Se esfuerza por destruir todo lo que se opone a sus objetivos, al par que se propone construir con arreglo a sus designios, que deberían ser los de todos los anarquistas que permanecen fieles a su ideal.

En otros tiempos, es indudable que recogería los sufragios de todos los anarquistas-comunistas sin excepción; que éstos vendrían a él y no irían a organizaciones donde se hallan sus peores adversarios: (1); que actuarían en su seno, sin preocuparse por saber si estarían 10 ó 10.000. Aquellos tiempos pasaron... o no han muerto aún.

Volverán cuando la brújula, sustrayéndose a la acción de las fuerzas que la enloquecen, marque e indique invariablemente la ruta a seguir... que no pasa ni por Amsterdam, ni por Moscú.

Es de desear que esto no se haga esperar. Hora es ya de que el anarquismo reconquiste su personalidad, sea lo que fué y que los anarquistas obren con arreglo a sus principios y ello en todos los terrenos.

PEDRO BESNARD

(1) El autor alude a nuestros compañeros franceses; en España, esto está hecho no se produce.—*N. del T.*

Número suelto: 15 céntimos
Precio para los paqueteros: 10 céntimos ejemplar

CULTURA LIBERTARIA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
España, Portugal y América. . . 2'00 ptas. trimestre
Demás países . . . . . 3'50 ptas. trimestre
Paquete de 25 ejemplares 2'50 ptas.

CRONICA INTERNACIONAL

La crisis y el paro forzoso

El problema del paro forzoso se agrava en el mundo entero y adquiere cada día proporciones más inquietantes.

En Francia va generalizándose la medida de reducir en las fábricas las horas de trabajo, a fin de evitar en cierta manera que el contingente de parados completos crezca con demasiada rapidez. En algunas regiones, la reducción de esas horas llega a tal extremo que se ha planteado la necesidad de socorrer a los trabajadores víctimas de dicha reducción. Con fecha 21 de noviembre, se han constituido regularmente once cajas de socorro al paro parcial, de ellas tres departamentales y ocho municipales. Como la creación de esas cajas es reciente no disponemos de ninguna estadística respecto a la cuantía de los subsidios distribuidos. Sin embargo, será permitido pensar que el número de socorridos debe ser relativamente elevado. Efectivamente, si se examina la lista referente a los 8.670 establecimientos que ocupan en principio (por lo menos) 100 personas, se comprueba que la proporción es de 40-55 por 100 a primeros de noviembre, contra 50-41 por 100 a primeros de igual mes de 1930.

Esta misma proporción era de 37-55 por 100 en octubre, de 35-51 por 100 en septiembre, 33-29 por 100 en agosto, 31-18 por 100 en julio, 30-28 por 100 en junio, 31-88 por 100 en mayo, 33-67 por 100 en abril, 31-84 por 100 en marzo, 21-20 por 100 en febrero y 14 por 100 en enero de 1931.

Por esas cortas cifras nuestros lectores pueden hacerse cargo del ritmo del desarrollo de la crisis en Francia. La agravación de la situación prosigue de mes en mes, con ligeras fluctuaciones de escasa monta, en lo que respecta a los meses de junio, julio y agosto, debidas a factores propios de la temporada.

⁂

Desde el punto de vista internacional, la situación es idéntica. Los principales países capitalistas ven su situación interna empeorada. En Inglaterra especialmente, pese al triunfo del gabinete de Unión Nacional que debía llevar soluciones milagrosas, así como la baja de la libra, el marasmo perdura, y si el número de parados ha disminuído, débese únicamente a la limitación de los subsidios; medida que ha traído la radiación de cerca de 100.000 sinrabajo, que se convierten en asistidos de las oficinas de beneficencia.

Como el espejismo de las barreras aduaneras ha de disiparse muy pronto, no dejarán de disiparse igualmente las esperanzas de mejora que habían suscitado. Ello dará una prueba más de que la crisis no será vencida sino por medidas de orden internacional.

En Alemania, la situación permanece como estaba. La vida económica, financiera y política del país prosigue en medio de una extremada confusión, para la que es muy difícil hallar una salida. Superindustrializada, se ve prácticamente afectada por la crisis, de la que necesariamente ha de sufrir las más graves manifestaciones. Sus industriales recurren al método empírico consistente en hacer compresiones de salarios que no hacen sino disminuir la capacidad adquisitiva de los trabajadores; lo que unido al subconsumo a que se ven sujetos más de 4 millones de parados, contribuyen poderosamente a la parálisis de su mercado interior. A esto se añade el espectro de la bancarrota financiera, que domina la economía y hace trágica la situación. Este estado de desorden económico se traduce en el terreno político por el fenómeno hitleriano, que, si llegase al poder, no haría sino precipitar y hacer inevitable el hundimiento final.

En suma, en los Estados Unidos la crisis sigue el mismo ritmo; el presidente de la American of Labor declara que, a su juicio, el número de parados completos alcanzará en enero a 7.500 000

Esta situación es tanto más trágica para los trabajadores de ese país, por cuanto los subsidios a los parados son inexistentes o se dejan a merced de iniciativas privadas, que se hallan lejos de distribuir socorros eficientes.

⁂

Así que en todas partes, a través del mundo, las clases trabajadoras se ven abocadas a la miseria. Todas las naciones se ven aquejadas con variantes que explican su estructura y el sitio que ocupan dentro del ciclo económico. Los imperialismos tienen empeñada una postrera lucha para tratar de establecer su dominación en los mercados todavía libres; la aspereza de la lucha no hace sino aumentar la gravedad de la crisis, retardar la solución, y hace cada día más imperiosa la reorganización internacional del capitalismo, la era de la economía dirigida.

Esta inteligencia internacional que ya comienza a dibujarse, se traduce en la aplicación de la política de un maltusianismo económico, es decir: la reducción de la producción al nivel del consumo. La economía dirigida muéstrase como la fórmula del porvenir, lo que equivale a la producción disciplinada, mantenida dentro del marco de las posibilidades de absorción de los mercados. En el momento actual es la panacea capitalista por excelencia y hacia la cual tienden todos los esfuerzos. Los carteles internacionales, algunos de los cuales están constituídos desde hace varios años, son fehaciente prueba de ello y van generalizándose hasta englobar el conjunto de la producción capitalista. Actualmente, la mayoría de los productores de primeras materias han realizado ya acuerdos internacionales, limitando su producción, lo que representa un gran paso hacia esa internacionalización de las fuerzas de producción. Hace pocos días, el cartel del cinc reunido en Bruselas, ha decidido llevar la reducción de su producción de 45 a 50 por 100. El Comité de dirección del cartel internacional del estaño ha decidido una nueva restricción de 15.000 toneladas a partir del 1.º de enero de 1932. Es una disminución de 56 por 100 de su producción de 1929, la que ya estaba considerablemente disminuída con relación a las capacidades totales de su producción.

Respecto al petróleo, los stocks continúan aumentando peligrosamente; el presidente del «American Petroleum Institute» invita de nuevo a sus miembros a «inspirarse del más amplio espíritu de cooperación» con miras a limitar enérgicamente la producción. Los stocks de caucho han aumentado de nuevo a pesar de las medidas tomadas. Las existencias de esa materia en el mundo entero, a últimos de octubre, eran de 583.294 toneladas contra 556,860 a fines de septiembre.

Por otra parte, ha tenido lugar últimamente en Nueva York una conferencia internacional de productores de cobre, sin llegar a ningún resultado; el fracaso ha sido provocado por la disidencia de la Phelps Dodge que produce más de 200.000 toneladas al año y es el tercero de los productores de los Estados Unidos. Sin embargo, ante el estado actual del mercado del cobre, parece ser que el acuerdo no ha hecho más que quedar diferido y que en fecha próxima se llegará a una solución respecto a la reducción propuesta en sentido afirmativo.

Estos ejemplos ilustran a lo vivo los intentos llevados a cabo por el capitalismo con objeto de salir, sin tardanza, de la crisis que lo asola. Tanto más de prisa, cuanto que consideraciones acerca de su propia conservación se lo imponen como un deber imperioso.

Sin el menor asomo de duda, esta internacionalización del capitalismo está llamada a realizarse en un porvenir próximo, a despecho de las reacciones que parece provocar en casi todos los países, por parte de la pequeña industria, y que se traducen en una ola de nacionalismo. Pero como quiera que en todos los terrenos la necesidad es ley, esta resistencia no somete ser un obstáculo serio. Por este hecho, los principios de la competencia libre quedan condenados irremediablemente. Cuando el capitalismo reacione, a su capricho, la producción y el consumo serán, y su vez, disciplinados por una potente plutocracia financiera que será la dueña incontestada del mundo e impondrá sus leyes a todos. Pero, sean cuales fueren la envergadu. y la importancia de las medidas que se tomen, el capitalismo no llegará sino a tenuar las contradicciones que lo ocasionan y que terminarán por derribarlo.

J. RIBEYRON

La bendición papal

Aniversario del fusilamiento de los mártires de Jaca... Incorporación de la ley de Defensa de la República a la Constitución del país... Represiones en Gijón, Huesca y Zaragoza... Proclamación del presidente de la República, recibido con los gritos de hambre lanzados por los sin trabajo en todas partes... demasiadas fechas y hechos coincidentes.

Faltaba algo a la apoteosis suntuosa de festejar la exaltación de Niceto I al Poder: el homenaje del Cuerpo diplomático. La Iglesia, y con ella la lepra monárquica, ha hallado la manera de vengar el agravio inferido a Pedro Segura, patriarca de las Hurdes. Un premeditado azar ha hecho que, siendo el Nuncio el decano del Cuerpo diplomático, correspondiese a éste pronunciar el discurso de saludo. Podía haberse ahorrado a España esta vergüenza. No hablaba que entre los más significativos telegramas de felicitación figurase el de Carmona, asesino del pueblo portugués; era preciso que el Brujo de Roma encontrase medio de dar su consagración apostólica a esta república, después de todo en manos de jesuitas y banqueros.

«Crisol», que se ha hecho eco de la protesta platónica del profesorado de España contra Mussolini, publica íntegra la porquería verbal del Nuncio, de quien ha dicho que Mussolini *era el enviado de la providencia.*

Mientras el Nuncio hablaba de los gloriosos destinos que la providencia reserva a España, la fuerza pública regaba con sangre obrera las calles de Zaragoza y de Gijón; mientras Alcalá Zamora contestaba al Nuncio que «expresiones tan nobles viniendo de representación tan elevada pueden contribuir a desvanecer yerros y guiar conciencias», los guardias de asalto reprimían a porrazos los gritos que lanzaban las muchedumbres hambrientas que desde la calle pedían pan...

La apoteosis de Momo no pasa de escena de carnaval; mereced a que la ley facinerosa no deja oír más voces que las de los satisfechos. El fondo de reptiles lanzará las hojazas que sustrae al pueblo a la enorme hazaña de la Prensa nacional y extranjera. De este modo se hará creer al proletariado hambriento de otros países, que la fiesta transcurrió en medio de una gran brillantez; que España nada en una balsa de aceite y que el país entero forma un bloque con la República.

Los únicos perturbadores lo somos nosotros, el eterno puñado de descontentos que hacemos el juego a los monárquicos.

Mientras los socialistas participan del jolgorio presidencial, gran número de nuestros sindicatos permanecen cerrados y en las cárceles, en el momento en que escribo, aun hay presos sociales.

FRENTE AL PORVENIR

Y ahora, ¿qué?

El nuevo régimen ha llegado a su plenitud. Tiene ya Constitución y Presidente. Entrado en la mayoría de edad sólo le falta rodearse de leyes complementarias.

Y ahora... ¿qué?, se preguntan todos los que perciben que el cambio operado en 14 de abril ha de tener una enorme trascendencia.

La pregunta es varia en matices. Va desde el que no sabe qué pasará y siente angustia por lo desconocido, hasta el que al interrogar afirma.

Nosotros no preguntamos qué hará la República, pensamos en lo que debemos hacer nosotros.

En España ha terminado el ciclo de las revoluciones políticas, porque se ha logrado ya en este aspecto la institución más elevada, el régimen más natural.

Las revoluciones políticas van quedando fuera de toda lógica en el mundo entero. La igualdad política se ha conquistado. Cuando esté conquistada la igualdad económica aquella será posible.

He aquí el objetivo nuestro, colocado por nosotros en el lugar que le corresponde y ascendido al primer plano de toda actuación progresiva.

Es, pues, el actual régimen, transitorio, y obligados estamos todos a que su interinidad sea muy breve.

Lo exige el malestar de la humanidad, la angustia de los obreros.

La organización social y económica del mundo, no evita ni puede evitar las guerras ni da el pan necesario.

No mantiene, pues, la armonía entre los hombres, ni puede asegurar su sustento. Y como las conquistas de la inteligencia humana en el orden de posibilidades, permiten afirmar que el progreso de recursos para armonizar las relaciones sociales y mejorar la vida, no cabe otro cambio que el que supone la anulación de los privilegios de minoría y el establecimiento de un acuerdo económico por el cual al trabajo de cada hombre le que permita su capacidad y la necesidad de la colectividad exija.

La próxima revolución, ha de tener como objetivo la destrucción de los obstáculos que impidea que la vida en todos sus aspectos progrese con el ritmo regular de la evolución.

El punto de coincidencia, al cual han de concurrir todos los revolucionarios, no puede en manera alguna ser otro que el de la revolución social.

El porvenir es de los trabajadores y unidos seremos más fuertes que nunca.

Quienes hoy forman gobierno y rigen las instituciones del Estado han contribuído a quitar un obstáculo; pero el nuevo régimen se convierte, por natural exigencia, en obstáculo tal, vez mayor, y no es presumible que sus hombres comprendan la necesidad de su desaparición.

La sabiduría no ha podido aún decir cómo podrían ponerse de acuerdo las realidades del presente y las esperanzas del futuro, y es por eso que, a través de la historia, observamos períodos en que la vida social avanza gradualmente con ritmo evolutivo y normal, hasta que las instituciones que se van creando devienen en freno y después se convierten en muralla que impide el paso a la evolución y se produce la revolución que la destruye y deja libre el avance.

Las cosas humanas han necesitado siempre para marchar de los saltos que les ha impuesto la revolución. Y ahora también necesitan de este salto, porque hace ya mucho tiempo que permanecen paradas.

Ha quebrado la política, la economía; ha quebrado la religión, las artes; se exige la modificación de las costumbres y de la vida toda. Es, pues, la crisis, el fracaso de toda la civilización presente y la paralización del progreso y de la evolución. Es preciso ir a una civilización y a una sociedad distintas. A un sistema social nuevo.

Todo lo que hay en el mundo ya se nos ha hecho demasiado viejo y no nos sirve para hacer frente al porvenir.

Y ahora... ¿qué?

Pues, simplemente, ha llegado la hora de establecer la vida sobre la base del trabajo, no del beneficio, y son los trabajadores, porque trabajan y son los más, los que forzosamente asumen la labor de transformación y la responsabilidad de la revolución.

Las necesidades del progreso y el nuevo concepto de la vida y de la sociedad imponen la lucha de clases. No puede haber más venciendo que aquel que hasta hoy ha mantenido la organización presente. Podrá haber derrotas y aun retrocesos; pero el final de la lucha no es dudoso. Para salvarse la humanidad, ha de desaparecer el capitalismo.

Y estamos en los últimos momentos, en las fases postreras del combate. Un sistema que fracasa se resiste a los embates de otro sistema que pugna por sustituirlo.

Termina la lucha entre el capital y el trabajo, es decir, muere el sistema capitalista para que pueda instaurarse el sistema comunista.

El final no puede ser lejano. Será violento e inmediato. Los obreros aquí están magníficamente dispuestos; el cambio de costumbres va operando una manera de pensar común a todos; hállase dispuesta la herramienta de trabajo, el instrumento de la revolución.

Ahora no falta más que preparar la oportunidad.

Los objetivos: uno, empujar recíamente a las instituciones para que enfrenten problemas que para ellas no tienen solución y fracasen y se desmoralicen; y otro, poner a prueba nuestras organizaciones, para demostrar a todos su aptitud y capacidad para organizar la sociedad nueva y asegurar su continuidad con ritmo natural y armonioso.

RICARDO FORNELLS

DEL AGRO ESPAÑOL

Trigo y caciquismo

Con este artículo comienza su colaboración en CULTURA LIBERTARIA *el ingeniero agrónomo Julio Antonio de Luz, a la que seguirán otras colaboraciones técnicas*

El chalet que nos alberga está enclavado en el centro del terreno que nos sirve de campo de experimentación y desde el balcón de una de mis habitaciones se domina la carretera que enlaza a varios pueblos, que no tienen más bienes que la cosecha de trigo. Los campos permanecen ahora solitarios, quietos. Circundado de montañas, el valle que divisamos es una extensa llanura llena de verdor. A pocos kilómetros el pueblo de X y en él feria importante de ganados. Los labriegos siguen la carretera y se internan en la angosta garganta, única salida fácil del valle. Guían y llevan a la feria una yunta de bueyes, una mula, una vaca, cerdos y lechones. No hay piaras ni rebaños.

Es un mal año. El señorito acostumbrado a normas viejas no tiene seguridad y abandona la tierra. El campesino que no puede vender sus trigos echa mano de los animales y va con ellos al mercado para lograr unas pesetas que le permitan preparar la cosecha que tiene ya en la tierra. Es excelente esta feria. Los traficantes logran muy buenas compras.

A la sequía del pasado año agrícola, ha sucedido una verdadera inundación por las lluvias frecuentísimas; pero ahora marcha bien. Veremos...

Siempre me ha parecido monstruoso el hecho de que una sequía, una granizada o una pequeña plaga, produjeran mucho bien al campo. Y lo horrible es que ese bien se produzca por la destrucción de parte de la riqueza ya creada.

Si no existieran múltiples causas para condenar la organización de la producción en nuestro actual estado, bastaría para hacerlo considerar que es apetecible la pérdida parcial de una cosecha.

Y no puede ser de otra manera ni puede extrañarnos ya que la organización de la producción, ni en la agricultura ni en la industria no es el consumo, sino el mercado. Una buena cosecha produce tal baja en el mercado, que el pobre labrador al vender su trigo no puede ni tan siquiera cubrir los gastos que en abonos y semillas realizó.

Primo de Rivera nos dijo que había acabado con el caciquismo, la República quiere acabar con él asimismo.

Vengan los hombres de gobierno a vivir unos días con nosotros y se convencerán que el caciquismo es todavía más fuerte que ellos y que su república.

Esta comarca y la región toda, no tiene más medio de vida que la tierra, y su única cosecha, la de cereales, trigo casi en su totalidad.

Permítome una afirmación que no tiene su base en las estadísticas oficiales, que sé no responden a la realidad no pueden ser exactas por mil razones: el campesino español es el obrero más miserable entre todos los obreros de Europa.

De septiembre a septiembre vive del prestamista. Este no cobra en dinero sino en especie. La factura del herrero, importe del arreglo de las herramientas de trabajo, herraduras, etc., etc., se paga en septiembre y en este mismo mes se satisface la conducta con el médico y boticario, se compran los abonos y se paga al usurero.

Pagarlo todo para empezar nuevamente. Y todo en el preciso momento en que la cosecha está en la era o en los trojes, es decir, cuando más abunda el trigo y más barato se vende. Y el campesino ha de vender a la fuerza.

El prestamista usurero y comerciante, cobra y compra. Y presta inmediatamente. Pero este año es malo. El cacique no fía en el nuevo régimen. Teme que la República no pueda contener el hambre, ni aliviar la miseria que se enseñorea de los pueblos, y ha desplazado el trigo y no compra a fin de tener vacías sus paneras y evitar posibles asaltos de los labriegos, acuciados por el hambre.

El mísero campesino volvía en septiembre triste y cabizbajo porque no hallaba en los mercados comprador a su cosecha de granos.

Y la carretera parece estos días un rosario. Las cabras, la vaca, las crías que le ayudaban a esperar la nueva cosecha y a trabajar, van al mercado. Hade pagar y comprar. El préstamo no es fácil y en muchos casos ni posible.

Acaso por vez primera, el campesino va a prescindir del usurero y no porque quiera, sino porque el cacique se desentiende por temor a un mal negocio.

El mísero campesino queda abandonado a la fortuna. Da la tierra todo lo que tiene después de vender todo lo que pasee menos el trigo que no se quiere comprar.

Ha quemado sus naves y el invierno lo pasará con hambre y frío. Pero como es sobrio lo pasará tal vez. Quizá emigre a la ciudad...

¿Qué cariño puede tener a una tierra que no le da para vivir?

No sabe cuánto tiempo el señor le permitirá permanecer en ella, y durante el año de la cosecha da cien y utiliza cinco, lo demás va al propietario, al Estado y al prestamista.

Durante las largas veladas de este invierno, arrimados al calor de la lumbre, el campesino que a pesar de ser rústico comprende su situación desesperada en el concierto social, nos muestra su alma desnuda, protestando de su esclavitud, y vemos saltar violento un chispazo de rebelión.

El obrero industrial no debe olvidar para las gestas futuras al obrero del campo, porque éste es más desgraciado que él. Por ínfimos jornales trabaja de sol a sol en jornadas duras y agotadoras. Por el sistema de aparcería se le roba, por el de arrendamiento se le humilla y al pequeño propietario el Estado lo arruina con infinitas obligaciones e impuestos.

Y mientras el que trabaja sufre, hay quien no puede trabajar y muere de hambre. Y así quedan improductivas cuatro millones y medio de hectáreas y únicamente veintiún millones conocen la labor del arado de entre los cincuenta millones que tiene la superficie nacional.

Saben nuestros gobernantes hablar mucho de despertar el cariño a la tierra; pero en realidad estimamos más un conejo que una fanega de trigo, mimamos mucho más los cotos de caza que los trigales.

Amamos tan poco la tierra, que en vez de exportar veinte millones de quintales tenemos un déficit de más de ocho.

Pan caro, malestar en la industria por poca capacidad de compra del obrero del campo y por querer más al conejo que al trigo, hambre y miseria.

¿Qué pasará? Nada, absolutamente nada.

El terrateniente se convencerá de que la República no viene a mermarle privilegios; el cacique, que puede contar con la fuerza de su poder económico; y volverán a intervenir, a prestar y a cobrar y a comprar las cosechas en septiembre.

Como cada año, recurrirán a la intriga política, a la iniquidad de tasas y prohibiciones, se encarecerá un poco más el pan y para el año próximo tendremos menos superficie sembrada.

En este año difícil no ganará nadie más que el cacique que acechando esperará que la miseria se agudice para que los pueblos no escapen de sus garras.

JULIO ANTONIO DE LUZ
Ingeniero-Agrónomo

Valladolid, diciembre 1931.

Recibimos cartas en las que nuestros corresponsales se quejan del retardo con que reciben nuestro periódico. Por ejemplo, a Mataró ha llegado un paquete a los ocho días de haber sido depositado en Correos. Deseamos que, por quien corresponde, se subsanen estas anomalías que perjudican nuestros intereses.

Tip. «Cosmos», Urgel, 42.—Teléf. 32457